

pital del INI y en Uninsa tras la reestructuración que se lleva a cabo —reducción y posterior ampliación del capital— el INI tendrá la mayoría de las acciones con lo que en un futuro próximo, tres de las cuatro siderúrgicas integrales estarán controladas por el Instituto.

De hecho, y a través de la dependencia de los créditos, «no está nacionalizada la siderurgia, ni expresa, ni tácitamente. Lo que sí está es personalizada. No hay caso en Ensidesa, dependiente del INI y, por tanto, del Ministerio de Industria. En Uninsa y en Altos Hornos figuran al frente de las empresas, con amplísimos poderes, dos hombres del equipo del ministro de Industria: Salis y Boada. Magníficos técnicos, las empresas a ellos encomendadas van adelante muy bien y de acuerdo con lo que resulta mejor a la economía industrial española. Fácil es apreciar que la originalidad española permite llegar a efectos similares, sin utilizar una palabra tan fea como esa de nacionalización». (F. Barrena, «Siderurgia, nacionalización y personas», «ABC», 30 de abril de 1959, página 55.)

En los últimos tiempos la industria siderúrgica ha tenido un elevadísimo grado de protección. El mismo día que se autorizó la nueva subida de precios de los productos siderúrgicos, se acordó actualizar la Acción Concertada, necesidad ya expuesta por el anterior ministro de Industria (3 de enero de 1969) que prometió llevar al ánimo de los miembros del Gobierno tal necesidad, emplazándose para abordarlos en el tiempo más breve posible. Punto decisivo en este reajuste, que supondrá nuevas importantes entregas de fondos, ha sido el mayor coste de los bienes de equipo adquiridos por las empresas en el extranjero como consecuencia —se dice— de la devaluación de noviembre de 1967.

Anteriormente por decreto de 17 de abril de 1969, se decretó al sector siderúrgico integral de «interés preferente» con lo que en el futuro, las ayudas a la siderurgia vendrán por este concepto, aunque la fuente continuará siendo la misma. La novedad de este régimen consistirá en que no habrá excepciones y que Ensidesa —que, como empresa pública, estaba al margen de los beneficios de la Acción Concertada— también quedará incluida. Evidentemente, en este cambio ha influido el hecho de que Ensidesa se haya adaptado plenamente a la política impuesta por el sector privado (Uninsa, AHV). La entrada de Ensidesa en Unesid «instrumento para la solidaridad sectorial... para la resolución de todos los problemas que impliquen coordinación en cualquiera de sus grados» (M. Salis), constituido el 16 de enero de 1968, fue decisiva.

Unesid, que agrupa prácticamente a la totalidad del sector siderúrgico, es la entidad que, además de monopolizar el sector de una forma más efectiva que lo hacía la anterior sociedad patronal (Central Siderúrgica), ha logrado los aumentos de tarifas últimamente aprobados, acabando con lo que se consideraba «anarquía» de precios en el sector.

Se ha dicho que estos aumentos de precios, cuya primera subida el pasado año fue considerada como «justa e inevitable» (G. López Bravo), tienden a configurar un sector siderúrgico rentable abandonando la política de «precios políticos», con lo que, en esta lucha entre siderúrgicos y metalúrgicos, al parecer, se ha optado por los primeros. «Hacer siderurgia es hacer patria. Quiero que salgan todos convencidos de que haremos patria». (G. López Bravo, «Arriba», 9 de julio de 1968.) ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.

Fútbol y TV

LOS «DOS PARTIDOS» DE SAN MAMES

Un partido de fútbol como el que enfrentó a los dos Atlético sobre el histórico césped de San Mames, el pasado domingo, difícilmente puede contemplarse con imparcialidad. Más o menos, tanto los espectadores que abarrotaban los gradieros, como los que lo siguieron en la pequeña pantalla, llevaban «in mente» o, mejor, «in corde», su pronóstico, con su congrua dosis hispana de pasión.

Otra cosa nos parece que es, sin embargo, presentar el partido. Lo hizo, para los televidentes de toda España, Miguel Ors. Más de un espectador preservó, sin duda, sus pantalones, del polvo de los gradieros con el periódico donde el citado comentarista había emitido su pronóstico: «Creo que puede darse un empate o victoria del Atlético de Madrid».

Cuando uno se ha pronunciado tan inequívocamente, queda, creemos, casi inhabilitado para la objetividad.

Por lo que una de dos: o se guarda el pronóstico —más de una vez, forma objetivada del desco— en el bolsillo, o no se acepta una tarea que exige, ante todo, un equilibrio que en el caso nos parece que faltó.

Daba la impresión de que se jugaban dos encuentros simultáneos: uno el que estábamos viendo en la pantalla y otro, muy distinto, que jugaba a cada paso malísimas pasadas al locutor.

Luego viene cierta prensa, a calcar, «a posteriori», una idéntica actitud: «Ganaron los que más suerte tuvieron». Y no. Ganó el que mejor jugó.

Todo esto, bajo su aparente intrascendencia, viene a demostrar que la sofisticación informativa puede hacerse —físicamente, claro, que nunca en lo ético— al menos prudentemente lejos de las narices del propio testigo de la realidad. Porque, si no, habrá, inevitablemente, «dos partidos».

Urtain

PATRIOTISMO PUGILISTICO

El triunfo de Urtain ante el campeón europeo de los pesos pesados ha despertado una nueva oleada de patriotismo deportivo. El complejo de inferioridad del español en esta hora de aspiraciones europeas ha encontrado en el éxito pugilístico de Urtain el cauce adecuado para expresar sus reivindicaciones. ¿No hemos hecho doblar acaso la rodilla a todo un campeón de los pesos pesados europeo y, por lo tanto, a lo más forzado de Europa y, si me apuran, a Europa entera? Al día siguiente de la hazaña, el diario «Marca» titulaba: «Venció la raza». Y venció, la raza, con la dialéctica más al alcance de la comprensión hispana: la dialéctica de los puños. Esta es, creo yo, la razón por la cual ningún otro triunfo internacional de España —Federico Martín Bahamontes en aquella Vuelta a

nes urtainianas. Paulino Uzcudun, campeón de otras épocas, no ocultó su decepción por la marcha y el resultado del combate. Y el caso es que Urtain es un muchacho que resulta enormemente simpático. El padecimiento de la otra noche no residía en el hecho de que José Manuel Ibar se alzara con el título europeo por lo que esto tenía de éxito personal. Todo el mundo lo deseaba. El padecimiento estaba en el temor de ver desencadenarse la oleada de nacionalismo que se desencadenó más tarde sobre el país devolviéndole la fe en las más puras esencias de lo hispano. Esencias tal vez desvanecidas por los recientes tropiezos del Real Madrid en la Liga. Viendo la otra noche al «morrosko» de Cestona haciendo muecas ante las cámaras, hurgándose en las narices con el dedo



Francia, el Real Madrid, pentacampeón del título europeo de Clubs o Massiel en el Festival de Eurovisión— ha dado tanto gusto al nacionalismo celtibérico como este de Urtain al poner fuera de combate al señor Weiland. Digo el señor Weiland porque la otra noche los telespectadores pudieron comprobar, aunque en su fuero interno se negaran a aceptarlo, que Weiland era ya un señor mayor, más bien fofo y pesadote, en cuyo rostro se notaba cierto deseo de encontrar un digno retiro, vaya usted a saber si en la Costa del Sol. ¿Tongo? Nunca se sabrá. Nadie duda que el «morrosko» de Cestona, acabó con el alemán —por decirlo en dialecto madrileño— con una serie de «viajes» que le obligaron a doblar la rodilla en el séptimo asalto. Sin embargo, los intrínquilos del boxeo-espectáculo permiten, si más no, aventurar la posibilidad de que lo que los españoles presenciábamos el viernes fuera un combate amañado. Los mismos críticos pugilísticos, aun en medio de su fervor patriótico, reconocían las limitacio-

meñique y contestando sencilla y llanamente a las inocentes preguntas de los informadores, uno pensaba que Urtain estaba siendo dolorosamente utilizado (la soledad del corredor de fondo) en una promoción chovinista en gran escala. Lo que oímos y leímos después todo el mundo lo recuerda. Frases que demostraban que la promoción nacionalista a través del boxeo había surtido efecto. No cansaré al lector repitiéndolas ahora. Sólo diré una que escuché al día siguiente del combate, una de las veces que la Cadena SER puso en antena la cinta magnetofónica con el relato del triunfo. El locutor que lo retransmitió, el señor Quilates, al describir la definitiva caída de Weiland, empezó a gritar: «¡¡¡Campeón!!!, ¡¡¡campeón!!!, y en un lapsus tan disparatado como expresivo exclamó, utilizando un grito de júbilo que la Cristiandad reserva al momento de la elección de los Papas: «¡¡¡Campeón habemus!!!, ¡¡¡campeón habemus!!!». ■ LUIS CARANDELL.